**Domancich, Norma Mabel**

Es hora

Se calzó una alpargata desplumada. *Una es algo* –se dijo- mientras su pie desnudo buscaba la compañera. Sonrío en la penumbra. ¡*Vaya a saber por dónde habrás andado anoche!*

Por fin, el pie la atrapó bajo la cama. El viejo siguió sonriendo. A nadie le contaría de su alpargata viajera. ¡Faltaría que además de viejo, le dijeran loco! Pero él sabía que todas las cosas tenían vida propia. Lo había aprendido casi sin darse cuenta, dejándose enseñar, nomás.

Se vistió sin apuro y salió a la galería. Todo quieto, en silencio. Se acomodó en el banquito de paja y se quedó a esperar el alba. También él, quieto, en silencio, respirando el aire aromado de magnolias y jazmines, los que cuidaba la Rosa, su compañera de siempre. Por ella se quedaba en el rancho, se negaba a abandonarlo. Allí siempre la encontraba. Estaba en las cortinas tejidas al crochet, ahora jironeadas por el tiempo y las polillas; preparando el cocido con leche en la cocina y abrazándolo en el dulzor de los jazmines.

Un gorjeo cruzó la alborada. *Lindo día va a ser -*se dijo el viejo- y como si esa señal marcara el fin de un momento, se encaminó hacia el rancho. Se preparó unos amargos tarareando una zamba que hablaba de horizontes libres y amores complicados.

En la casa, más allá del jardín, todos dormían. Hacía tiempo que su hijo no insistía en que se mudara con ellos. Tampoco su nuera. Los había convencido. Su lugar era el rancho.

Como cada mañana se dejó llevar por el piso de ladrillos. ¡Si habrán pisado gentes estos ladrillos! Más de dos siglos descansando sobre esa tierra. Se acordó cuando vinieron los del pueblo a homenajearlo y, de paso, colgaron dos placas en las rústicas paredes de adobe. Su rancho, por decreto, era monumento histórico y él, una celebridad. No sabía bien por qué, pero sospechaba que por ser viejo.

¡Monumento histórico! Para él era la casa en la que había amado a la Rosa, en la que le había hecho el único hijo que tuvieron. Casi un siglo durmiendo y despertando entre sus latires, desde que se vino, aventurero, de los pagos vecinos y lo deslumbró la morocha de ojos de fuego. Nunca se había ido desde entonces. Ninguna madrugada lo había sorprendido bajo otro cielo. Pero no podía negar que aunque fuera su casa, y la de la Rosa, también era un monumento, un pedazo de historia que resistía sobre la polvorienta calle, a pocas cuadas del centro.

El olor del cuero comenzó a llegarle, dulzón y agrio. Era casi como su propio olor. ¡Tantos años juntos!

Empujó la puerta destartalada y se sumergió en el galponcito, como solía llamarle su hijo. Él le decía la vizcachera. *Esta es la vizcachera con la vizcacha adentro*, así le gustaba presentarse a los visitantes. Le brotó una carcajada recordando a esos turistas alemanes que no entendían nada de vizcachas ni de vizcacheras, pero igual sonreían.

Acomodó el gastado almohadón en el banquito, se sentó y se restregó las manos. Las miró acariciando sus arrugas. Grandes amigas, sus manos. Siempre dispuestas a entretejer las trenzas con sus sueños.

¡Quince hilos, quince delgadas tiras de cuero tenía esta trenza y vaya a saber cuántos sueños!

Las manos ya sabían qué hacer. Solas cruzaban y descruzaban los hilos, decidían el diseño. Entonces él podía viajar libremente por el pasado, elegir un momento, un lugar y quedarse cuanto quisiera.

Al regresar, la trenza estaba terminada. Pero esta vez fue diferente. Cuando volvió aún estaba a medio hacer. Sus manos se habían negado a seguir sin él. Por un momento se sintió confuso y de pronto, allí sentado, decidió que ya era suficiente. Dudó entre terminarla o dejarla inconclusa. Se decidió por lo último.

Así es la vida, se dijo: *Uno siembra, cosecha, siembra, cosecha, siembra y deja que cosechen los que siguen. Un círculo perfecto*. Esa trenza la terminaría su hijo, entretejiendo, tal vez sin saberlo todavía, sus propios sueños con los suyos.

Miró por última vez el cencerro de la vaca, esa que llevaba a campos sin alambres; la taba que le diera tanta fama en el boliche; las riendas de su fiel caballo y todo el cuero que esperaba apilado en la mesa.

Gracias, le dijo al cencerro; gracias, le dijo a la taba; gracias le dijo a las riendas; gracias, le dijo al cuero… Se llenó el alma de magnolias y jazmines y sintió el calorcito de la Rosa. He tenido una buena vida. Es hora del regreso. Y, sonriendo, emprendió el viaje.

Cuando el hijo pasó a saludarlo, todavía sonreía.

Se sentó a su lado. Con infinita dulzura tomó la trenza de sus manos y, aún sin saberlo, comenzó a entretejer sus sueños con los del viejo.